



## CAPÍTULO VII.

Historia de Laura.



OY á contarte lo mas compendiosamente que pueda, por qué casualidad abracé la profesion cómica. Despues que tan honradamente me dejaste, sucedieron grandes acontecimientos. Mi ama Arsenia, mas de cansada que de disgustada del mundo, abjuró el teatro, y me llevó consigo á una hermosa hacienda que acababa de comprar cerca de Zamora con monedas extranjeras. Bien presto hicimos conocimientos en esta ciudad, á la que íbamos con frecuencia, y en donde nos deteniamos uno ó dos dias.

En uno de estos viajecillos, Don Felix Maldonado, hijo único del corregidor, me vió casualmente, y le caí en gracia. Buscó ocasion de hablarme á solas, y por no ocultarte nada, yo contribuí algo para hacerse-la hallar. Este caballero no tenia veinte años, era hermoso como un sol, su persona muy bien formada, y encantaba mas todavía con sus modales amables y generosos que con su cara. Me ofreció con tan buena voluntad y tanta instancia un grueso brillante que llevaba en el dedo, que no pude menos de admitirlo. Estaba muy gustosa y vana con un galan tan amable; pero ¡qué mal hacen las mozuelas ordinarias en prendarse de los hijos de familia cuyos padres tienen autoridad! El corregidor, que era el mas severo de los de su clase, advertido de nuestro trato, procuró evitar con presteza sus resultas. Me hizo prender por una cuadrilla de esbirros que, á pesar de mis gritos, me llevaron al hospicio de la Caridad.

Allí, sin mas forma de proceso, la superiora me hizo despojar de mi anillo y vestidos, y poner un largo saco de sarga ceniciento, ceñido por la cintura con una ancha correa negra de cuero, de la que pendia un ro-



sario de cuentas gordas que me llegaba hasta los talones. Despues me llevaron á una sala en donde encontré un fraile viejo de no sé qué órden, que principi6 á ecshortarme á la penitencia, del mismo modo poco mas ó menos que la señora Leonarda te ecshortó á tí á la paciencia en el sótano. Me dijo debia estar muy agradecida á las personas que me mandaban encerrar allí, pues que me hacian un gran beneficio sacándome de los lazos del demonio, en los cuales estaba infelizmente enredada. Te confieso francamente mi ingratitude; muy lejos de ser agradecida á los que me habian hecho este favor, les echaba mil maldiciones.

Ocho dias pasé sin hallar consuelo; pero á los nueve, porque yo contaba hasta los minutos, mi suerte pareció querer mudar de aspecto. Al atravesar un patio pequeño encontré al mayordomo de la casa, que todo lo mandaba, y hasta la superiora le obedecia. No daba las cuentas de su administracion sino al corregidor, de quien únicamente dependia, y que tenia una entera confianza en él. Llamábase Don Pedro Zendonon, natural de Salcedo en Vizcaya. Figúrate un hombre alto, pálido, descarnado, y de una catadura propia para modelo de una pintura del buen ladrón. Parecía que ni aun miraba á las hermanas. Cara tan hipócrita no la habrás visto aunque hayas estado en el palacio arzobispal.

Encontré, pues, continuó ella, al Señor Zendonon, que me detuvo, diciéndome:—Consuélate, hija mia, estoy compadecido de tus desgracias. Nada mas dijo, y continuó su camino, dejando á mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un testo tan lacónico. Como yo le tenia por un hombre de bien, me imaginaba fácilmente que se habia tomado el trabajo de ecsaminar la causa de mi encierro, y que no hallándome bastante culpable para merecer que se me tratara tan indignamente, queria empeñarse en mi favor con el corregidor. Pero conocia mal al vizcaino; sus intenciones eran otras. Habia proyectado en su mente hacer un viaje, del que me dió parte algunos dias despues. Amada Laura mia, me dijo, es tanto lo que siento tus trabajos, que he resuelto poner fin á ellos. No ignoro que esto es querer perderme; pero ya no soy mio, ni puedo vivir mas que para tí. La situacion en que te veo me atraviesa el alma, y así intento sacarte mañana de tu encierro, y llevarte yo mismo á Madrid, sacrificándolo todo al placer de ser tu libertador. Poco me faltó para morir de gozo al oír á Zendonon; el cual juzgando por mis estremos que lo que yo mas deseaba era escaparme, tuvo al dia siguiente la osadía de robarme á vista de todos del modo que voy á contar. Dijo á la superiora que tenia órden para llevarme á presencia del corregidor, que se hallaba en una casa de recreo á dos leguas de la ciudad, y me hizo con todo descaro subir con él en una silla de posta, tirada de dos buenas mulas que habia comprado para el caso. No llevábamos con nosotros

mas que un criado que conducia la silla, y que era enteramente de la confianza del mayordomo. Comenzamos á caminar, no como yo creia hácia Madrid, sino hácia las fronteras de Portugal, á donde llegamos en menos tiempo del que necesitaba el corregidor de Zamora para saber nuestra fuga y despachar en nuestro seguimiento sus galgos. Antes de entrar en Braganza, el vizcaino me hizo poner un vestido de hombre que llevaba prevenido, y contándome ya por suya, me dijo en la hostería donde nos alojamos:—Bella Laura, no tomes á mal que te haya traído á Portugal. El corregidor de Zamora nos hará buscar en nuestra patria como á dos criminales á quienes la España no debe dar ningun asilo; pero añadió él, podemos ponernos á cubierto de su resentimiento en este reino extraño, aunque en el dia esté sujeto al dominio español: á lo menos estaremos aquí mas seguros que en nuestro pais. Déjate, pues persuadir, ángel mio; sigue á un hombre que te adora: vamos á vivir á Coimbra; allí pasaremos sin temor nuestros dias en medio de unos pacíficos placeres.

Una propuesta tan eficaz me hizo ver que trataba con un caballero á quien no gustaba servir de conductor á las princesas por la gloria de la eaballería. Comprendí que contaba mucho con mi agradecimiento, y aun mas con mi miseria. Sin embargo, aunque estos dos motivos me hablaban en su favor, me negué resueltamente á lo que me proponia. Es verdad que por mi parte tenia dos razones poderosas para mostrarme tan reservada, pues no era de mi gusto ni lo creia rico. Pero cuando volviendo á estrecharme ofreció ante todas cosas casarse conmigo, y me hizo ver palpablemente que su administracion le habia suministrado caudal para mucho tiempo, no lo oculto, comencé á escucharle. Me deslumbró el oro y la pedrería que me enseñó, y entonces esperiménté que el interes sabe hacer trasformaciones tan bien como el amor. Mi vizcaino fué poco á poco haciéndose otro hombre á mis ojos: su cuerpo alto y seco se me representó de una estatura fina y delicada; su palidez una blancura hermosa, y hasta su aspecto hipócrita me mereció un nombre favorable. Entonces acepté sin repugnancia su mano, á presencia del cielo, á quien tomó por testigo de nuestra union. Despues de esto ya no tuvo que experimentar ninguna contradiccion por mi parte, y siguiendo nuestro camino, muy presto Coimbra recibió dentro de sus muros á un nuevo matrimonio.

Mi marido me compró muy buenos vestidos de muger, y me regaló muchos diamantes, entre los cuales conocí el de Don Felix Maldonado. No necesité mas para adivinar de dónde venian todas las piedras preciosas que yo habia visto, y para persuadirme de que no me habia casado



con un rígido observador del séptimo artículo del Decálogo; pero considerándome como la causa primera de sus juegos de manos, se los perdonaba. Una muger disculpa hasta las malas acciones que hace cometer su hermosura; y á no ser esto, ¡qué mal hombre me hubiera parecido!

Dos ó tres meses pasé con él bastante gustosa, porque me hacia mil cariños, y parecia amarme tiernamente. Sin embargo, las pruebas de amistad que me daba no eran mas que falsas apariencias. El bribon me engañaba, y me preparaba el trato que toda soltera seducida por un hombre infame debe esperar de él. Un dia á mi vuelta de misa no encontré en la casa mas que las paredes. Los muebles y hasta mis ropas habian desaparecido. Zendono y su fiel criado habian tomado tan bien sus medidas, que en menos de una hora se habia ejecutado completamente el despojo de mi casa; de modo que con el solo vestido que llevaba puesto, y la sortija de Don Felix que por fortuna tenia en el dedo, me ví como otra Ariadna abandonada de un ingrato. Pero te aseguro que no me entretuve á hacer elegías sobre mi infortunio, antes bien dí gracias al cielo por haberme librado de un perverso que no podia menos de caer tarde ó temprano en manos de la justicia. Miré el tiempo que habiamos pasado juntos como un tiempo perdido que yo no tardaria en reparar. Si hubiera querido permanecer en Portugal y entrar al servicio de alguna señora ilustre, las habria tenido de sobra; pero ya fuese el amor que tenia á mi pais, ó ya fuese arrastrada por la fuerza de mi estrella, que me preparaba allí mejor suerte, solo pensé en volver á ver á España. Vendí el diamante á un joyero, que me dió su importe en monedas de oro, y salí con una señora española, ya anciana, que iba á Sevilla en una silla volante.

Esta señora, llamada Dorotea, venia de ver á una parienta suya que vivia en Coimbra, y se volvia á Sevilla en donde tenia su casa. Congeniamos ambas de tal modo, que desde la primera jornada trabamos amistad, la que se estrechó tanto en el camino, que cuando llegamos á Sevilla no me permitió alojar sino en su casa. No tuve motivo para arrepentirme de haber hecho semejante conocimiento, pues no he visto jamas muger de mejor carácter. Todavía se descubria en sus facciones y en la viveza de sus ojos que en su mocedad habria hecho puntear á sus rejas bastantes guitarras, y por eso sin duda habia tenido muchos maridos nobles, y vivia honradamente con lo que le dejaron.

Entre otras escelentes prendas, tenia la de ser muy compasiva con las doncellas desgraciadas. Cuando le conté mis infortunios, tomó con tanto ardor mi causa, que llenó de maldiciones á Zendono.—¡Ah perros! dijo en un tono que parecia haber encontrado en su viaje algun mayordomo; ¡miserables! en el mundo hay bribones que como éste, se deleitan

en engañar á las mugeres. Lo que me consuela, querida hija mia, es que segun tu relacion, no estás ligada con el pérfido vizcaino. Si tu casamiento con él es bastante bueno para servirte de disculpa, en recompensa es bastante malo para permitirte contraer otro mejor cuando halles ocasion para ello.

Todos los dias salia con Dorotea para ir á la iglesia, ó á visitar á alguna amiga, que es el medio seguro de encontrar prontamente alguna aventura. Me atraje las miradas de muchos caballeros, entre los cuales algunos quisieron tentar el vado. Hablaron por segunda mano á mi vieja patrona; pero los unos no tenian con que soportar los gastos de un menage, y los restantes todavia eran unos babosos, lo que bastaba para quitarme la gana de escucharlos, sabiendo por mi esperiencia las consecuencias de ello. Un dia nos ocurrió ir á ver representar los cómicos de Sevilla, que habian anunciado en los carteles la representacion de la comedia famosa: *El embajador de sí mismo*, compuesta por Lope de Vega Carpio.

Entre las actrices que se presentaron en el teatro, ví á una de mis antiguas amigas, á Fenicia, aquella moza gorda, pero muy alegre, que te acordarás era criada de Florimunda, y con quien cenaste alguna vez en casa de Arsenia. Sabia yo muy bien que Fenicia hacia mas de dos años que no estaba en Madrid, pero ignoraba que fuese cómica. Era tal la impaciencia que tenia de abrazarla, que me pareció larguísima la pieza. Quizá tenian tambien la culpa los que la representaban, que no lo hacian ni tan bien ni tan mal que me divirtieran; porque te confieso que, como soy tan risueña, un cómico perfectamente ridículo no me divierte menos que uno escelente. En fin, llegado el esperado momento, es decir, el fin de la famosa comedia, fuimos mi viuda y yo al vestuario, en donde vimos á Fenicia que hacia la desdeñosa, escuchando con melindres el dulce gorgo de un tierno pajarito, que al parecer se habia dejado coger con la liga de su declamacion. Luego que me vió se despidió de él cortesmente, vino á mí con los brazos abiertos, y me dió todas las muestras de amistad imaginables. Por mi parte la abracé con el mayor agrado. Mútuamente nos manifestamos el placer que teniamos en volvernos á ver; pero no permitiéndonos el tiempo ni el sitio meternos en una larga conversacion, dejamos para el dia inmediato el hablar en su casa mas estensamente.

El gusto de hablar es una de las pasiones mas vivas de las mugeres, y particularmente la mia. No pude pegar los ojos en toda la noche, tal era el deseo que tenia de verme con Fenicia, y hacerle preguntas sobre preguntas. Dios sabe si fuí perezosa para levantarme é ir á donde me habia dicho que vivia. Estaba alojado con toda la compañía en



un gran meson. Una criada que encontré al entrar, y á quien supliqué me condujese al cuarto de Fenicia, me hizo subir á un corredor, á lo largo del cual habia diez ó doce cuartos pequeños, separados solamente por unos tabiques de madera, y ocupados por la cuadrilla alegre. Mi conductora tocó á una puerta, la cual abrió Fenicia, cuya lengua rabia-ba tanto como la mia por hablar. Apenas nos tomamos el tiempo de sentarnos, y nos pusimos en disposicion de hablar sin cesar. Teniamos que preguntarnos sobre tantas cosas, que se atropellaban las preguntas y respuestas de un modo extraordinario.

Despues de haber contado mútuamente nuestras aventuras, é instruidas del actual estado de nuestros asuntos, me preguntó Fenicia qué partido queria tomar; porque al fin, me dijo, es preciso hacer alguna cosa, no estando bien visto en una persona de tu edad el ser inútil á la sociedad. Respondile que habia resuelto, hasta encontrar mejor fortuna, colocar-me con alguna señorita distinguida.—Quítate allá, exclamó mi amiga, no pienses en eso. ¿Es posible, amiga mia, que aun no te hayas cansado de servir? ¿No te has fastidiado de estar sujeta á la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oír que te regañan, y en una palabra, de ser esclava? ¿Por qué no abrazas como yo, la vida cómica? Ninguna cosa es mas conveniente para las personas de talento que carecen de posibles y de lucida cuna. Es un estado medio entre la nobleza y la plebe, una condicion libre y desembarazada de las etiquetas mas incómodas de la vida civil. Nuestras rentas nos las paga en moneda contante el público, que es el poseedor de sus fondos; en una palabra, siempre vivimos alegres, y gastamos nuestro dinero del mismo modo que le ganamos.

El teatro, prosiguió, favorece sobre todo á las mugeres. Todavia me salen los colores al rostro siempre que me acuerdo de que cuando servia á Florimunda no oía sino á los criados de la compañía del Príncipe, y que ningun hombre de suposicion me miraba á la cara. ¿De qué nacia esto? De que yo no hacia allí papel: por buena que sea una pintura, no se celebra si no se espone á la vista pública. Pero despues que me puse en chapines, esto es, que parecí en las tablas, ¡qué mudanza! Traigo al retortero á los mejores mozos de los pueblos por donde pasamos. Una cómica tiene cierto atractivo en su oficio: si es discreta, quiero decir, que no favorece mas que á un solo amante, esto le hace un honor distinguido; se celebra su moderacion, y cuando muda de galan la miran como una verdadera viuda que se vuelve á casar. Y aun á una viuda se le mira con desprecio si contrae terceras nupcias, porque no parece sino que esto hiere la delicadeza de los hombres; al paso que una dama parece hacerse mas apreciable á medida que aumenta el número de sus favoreci-